

**LOS LOAYSAS DE TALAVERA DE LA REINA,
SEÑORES DE HUERTA DE VALDECARABANOS**

Por José-Carlos Gómez-Menor Fuentes



Una de las familias nobles más relacionadas con Talavera de la Reina durante varios siglos es la de los Loaysa, que ha dado a dicha ciudad uno de sus hijos más preclaros: don fray García de Loaysa, maestro general de la orden de Predicadores, confesor y consejero de Carlos V. Fue primeramente obispo de Osma y cardenal del título de Santa Susana, que le concedió el Papa el 9 de marzo de 1530, cuando acompañaba al emperador en su viaje a Italia para ser coronado como tal en Bolonia. Luego fue obispo de Sigüenza, presidente del Consejo de Indias, arzobispo de Sevilla e Inquisidor General. Falleció en Madrid el 22 de abril de 1546, y fue sepultado junto a sus padres en el convento de San Ginés, en Talavera, que él había dotado espléndidamente.

No es ésta la única gloria del linaje talaverano de los Loaysa, pues no podemos olvidar a don García de Loaysa Girón, nacido en Talavera en 1534, pariente del anterior, de quien recibió su nombre de pila y su primer apellido, aunque era hijo de don Pedro Girón, consejero del Supremo Consejo de Castilla y célebre cronista de Carlos V, y de la también talaverana doña Mencía de Carvajal. Su vida merece ser más divulgada, pues llegó a ser preceptor del futuro rey Felipe III y además doctísimo escritor y bibliófilo, y arzobispo de Toledo. Su formación humanística, filosófica y teológica fue muy esmerada; estudió en las universidades de Salamanca y Alcalá; aquí fue colegial del Colegio Mayor de San Ildefonso, fundado por Cisneros. Alcanzó la licenciatura en Teología en 1567.

Por aquél entonces don García de Loaysa Girón era ya arcediano de Guadalajara, una de las dignidades del Cabildo toledano, que resignó en él su tío don Juan López de Carvajal. Durante muchos años el arcediano de Guadalajara, residiendo en Toledo, preparó la más importante de sus obras, su *Collectio conciliorum Hispaniae*, obra capital sobre los sínodos eclesiásticos celebrados en España, que pudo ver por fin impresa en 1593.

Fue un celoso y activo predicador, siguiendo el ejemplo de sus tíos, los dominicos fray Domingo de Mendoza (misionero insigne,

muerto a los cincuenta años en las islas Canarias) y fray García de Loaysa; se conservan los esquemas de varios sermones suyos, predicados en Alcalá, Toledo y Talavera de la Reina muchos de ellos.

Ya en 1597 era don García de Loaysa Girón tan famoso en España y en la corte pontificia que el Papa deseaba nombrarle cardenal y tenerle en Roma. Pero el anciano rey Felipe II le retenía en Madrid como uno de sus más cercanos colaboradores. Era limosnero real y capellán mayor de la capilla regia desde 1584 y poco después fue nombrado preceptor del príncipe de Asturias, que contaba entonces siete años.

En 1598 abandonaba la administración de la sede toledana el prelado electo, príncipe cardenal Alberto de Austria, para casarse con la infanta Isabel Clara Eugenia. Entonces el monarca español presentó al Papa para el arzobispado de Toledo a don García de Loaysa, cargo muy merecido por sus grandes méritos como escritor y servidor del Rey, y corona de una vida de piedad ejemplar y costumbres intachables, dedicada al servicio de la Iglesia. El Sumo Pontífice Clemente VIII, muy complacido por la elección del rey, le preconizó con fecha de 8 de julio de 1598, y aquel mismo mes le concedía el palio arzobispal.

Don García recibió la consagración episcopal en la iglesia del monasterio escurialense en 16 de agosto siguiente. Aún vivía Felipe II, aunque en estado de suma gravedad; pudo presenciar la ceremonia desde su lecho, pues, como es sabido, una de las ventanas de su aposento permitía ver el presbiterio. Don García se quedó en El Escorial junto al monarca y el doce de septiembre siguiente administró al rey el sacramento de la Santa Unción, en una larga ceremonia, después que se leyese al mismo don Felipe la pasión según el evangelio de San Juan. Horas después fallecía el Rey, y el arzobispo Loaysa oficiaba sus exequias.

Por desgracia, la vida de don García de Loaysa estaba amenazada también por rápida enfermedad, que los cronistas de la época deno-

minan "un dolor de costado", nombre bajo el cual englobaban los galenos de la época varias enfermedades del pecho, de sintomatología dolorosa. En este caso pudo ser una pleuresía o pleuroneumonía. Se sabe que por entonces hubo varias epidemias muy mortíferas. Su pontificado duró tan solo seis meses y catorce días. Falleció en su palacio arzobispal de Alcalá de Henares el 22 de febrero de 1599.

A lo largo de las páginas siguientes iremos dando algunas noticias sobre otras personas destacadas, de este linaje de los Loaysa.

Un memorial genealógico sobre los señores de Huerta de Valdecarábanos

En los fondos de la Biblioteca Pública de Toledo se encuentra un manuscrito genealógico sobre los Loaysas talaveranos. Ya se sabe que, por regla general, los autores de tales escritos no destacan por sus méritos literarios, ni por su acertado método histórico. El autor de dicho memorial pertenece, desde luego, a este número, pero su escrito contiene, pese a ello, algunas noticias interesantes y aprovechables, y es patente su esfuerzo por recoger los datos que permitan señalar el árbol y linaje de los Loaysa, desde los tiempos más antiguos, es decir, desde el siglo XIII, hasta el reinado de Felipe IV, en los días del autor del memorial que nos ocupa.

Considero este escrito de suficiente interés como para transcribirlo y publicarlo, y así lo hago, como apéndice, aligerando su lectura mediante la regulación de su ortografía, que en la escritura original es pésima, lo que entorpece la lectura.

Resumiré en este trabajo lo esencial de aquel escrito, comentándolo adecuadamente y a la vez completándolo con varias noticias proporcionadas por otras fuentes. Sirva ello de modesta contribución al conocimiento de esta familia, tan ligada a la historia bajomedieval de Talavera de la Reina y asimismo a Huerta de

Valdecarábanos durante los siglos XVI y XVII, a partir del año 1539, en que Carlos I vende el señorío de Huerta al Caballero don Alvaro de Loaysa por 10.904.370 maravedíes, desmembrando su término del territorio propio de la Orden de Calatrava.

Primeras noticias del linaje de los Loaysa

El apellido es ciertamente francés. Según una tradición muy divulgada entre los genealogistas del siglo XVI, el origen de los Loaysas proviene de un doncel del rey de Francia llamado Jofré de Gales, que salvó la vida de su señor a costa de la suya propia, al defenderle de un atentado urdido por varios cortesanos. Este rey, conforme tales fuentes, sería Luis IX, es decir, san Luis, cuyo reinado comprende los años 1226-1270.

El pretendido origen galés de la familia se basa únicamente, al parecer, en la heráldica de los Loaysa, en cuyo escudo figuran cinco rosas, siendo la rosa elemento propio del blasón de algunos príncipes de Gales, en la isla de Gran Bretaña. Además se aduce una referencia – probablemente legendaria – de la *Historia de los Condes de Barcelona* de Pedro Antón Beuter.

Lo cierto es que hubo en tiempo de Alfonso X el Sabio un caballero llamado Jofré de Loaysa, ayo de la reina doña Violante, casado con una dama francesa, doña Jacometa, a quien algunos apellidan de Hungría. Ambos esposos se enterraron en la iglesia monástica de las Huelgas, de Burgos.

Jofré de Loaysa figura como uno de los conquistadores del reino de Murcia, en vida del mismo don Alfonso; al parecer, allí recibió grandes posesiones.

Nada dice nuestro genealogista del hijo segundo de don Jofré de Loaysa y homónimo suyo, mediocre cronista latino, continuador de la *Historia Gothica* de don Rodrigo Jiménez de Rada entre 1248-1305. Fue un eclesiástico distinguido. Debió nacer hacia 1240-1244

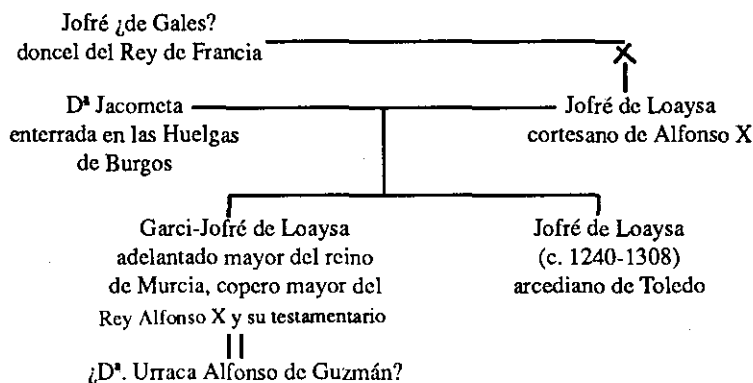
y treinta años después desempeñaba el beneficio de abad de Santander, si bien se encontraba siempre en la Corte, como uno de los clérigos de la casa real.

En 1277 el maestro Jofré se hallaba en Londres como enviado del rey de Castilla para estrechar aun más los vínculos de toda índole que mantenían las casas reales inglesa y española. Ambos reyes, Eduardo III y Alfonso X, eran cuñados.

Dos años después Jofré de Loaysa era notario real y capellán del infante don Sancho. En 1280 es nombrado arcediano de Toledo, dignidad que conservaría hasta su muerte, en el otoño de 1308, según todos los indicios.

El maestro Jofré de Loaysa pudo ser uno de los colaboradores del sabio monarca en sus escritos históricos.

Podemos dar, por tanto, este cuadro genealógico:

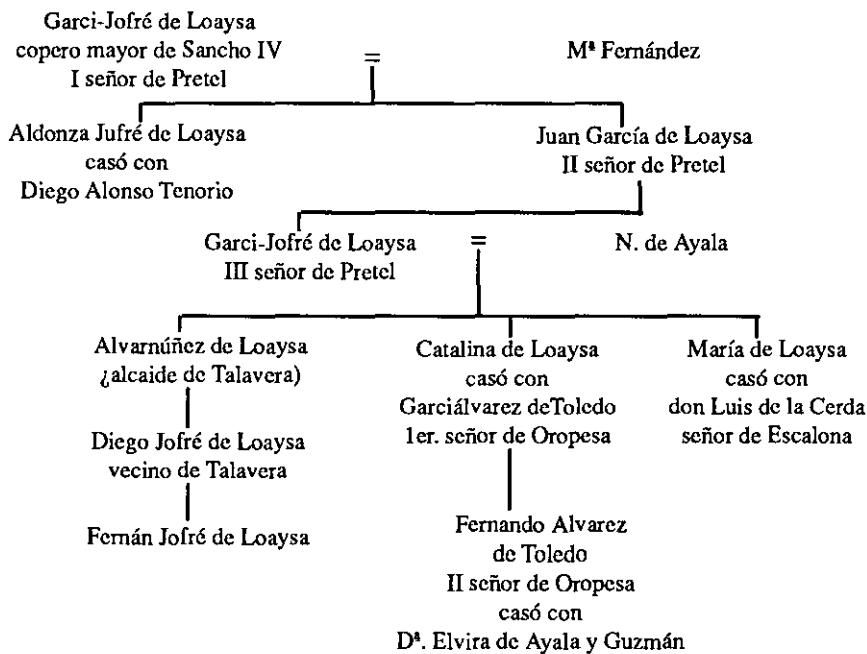


El hermano mayor del arcediano, don García de Loaysa, ocupó puestos importantísimos en la corte de Alfonso el Sabio, como el de Copero mayor, y fue adelantado mayor del reino de Murcia y uno de los testamentarios del monarca. Se desconoce a ciencia cierta quien fue su mujer, pero hay indicios fundados de haber casado con una hija ilegítima del mismo monarca, a quien algunos llaman Urraca Alfonso de Guzmán.

Conociendo el destacado papel de don Garcijofré de Loaysa en la corte alfonsí, no puede extrañarnos el puesto que sus hijos y nietos tuvieron entre la alta nobleza castellana. Su hijo y heredero don García fue señor del castillo de Pretel y copero mayor del rey Sancho IV; y seguramente fue hija suya doña Aldonza Jufre de Loaysa, casada con el noble gallego Diego Alonso Tenorio.

Un nieto y homónimo del primer señor de Pretel casó con una dama de la prepotente familia de los Ayalas. Sus hijos mantuvieron la prestancia de su casa, como vemos por los enlaces matrimoniales de sus hijas doña Catalina y doña María. El primogénito, don Alvaro de Loaysa, fue, a mi parecer, el primero que se afincó en Talavera de la Reina (de cuyo alcázar y fortaleza debió de ser alcaide), ya en tiempo del rey don Pedro el Cruel.

Con todos estos datos podemos presentar este segundo cuadro genealógico:



Los Loaysa talaveranos

Siendo sus deudos don Luis de la Cerda, señor de Escalona, y el primer señor de Oropesa y luego maestro de la orden de Santiago don García Álvarez de Toledo, no es de extrañar que don Alvaro Núñez de Loaysa ocupase algún puesto de designación real en Talavera de la Reina, de donde su hijo se dice vecino.

Con todo, los Loaysa talaveranos del siglo XIV y primera mitad del XV son escasamente conocidos. El genealogista autor del memorial no señala a las esposas, y solamente da una línea sucesoria por la varonía paterna, hasta el caballero Garci-Jofré de Loaysa, muerto en 1440, cuyo bello sepulcro puede verse en la capilla familiar de la iglesia colegial de Talavera, capilla dedicada a San Juan Bautista, luego llamada de los Mártires.

El blasón familiar que muestra este sepulcro es de cinco rosas (no siete, como por error consigna el *Conde de Cedillo* en su *Catálogo Monumental de la provincia de Toledo*, n. 405). La inscripción en torno al monumento sepulcral, en hermosas mayúsculas góticas, dice así, según dicha obra del Conde de Cedillo:

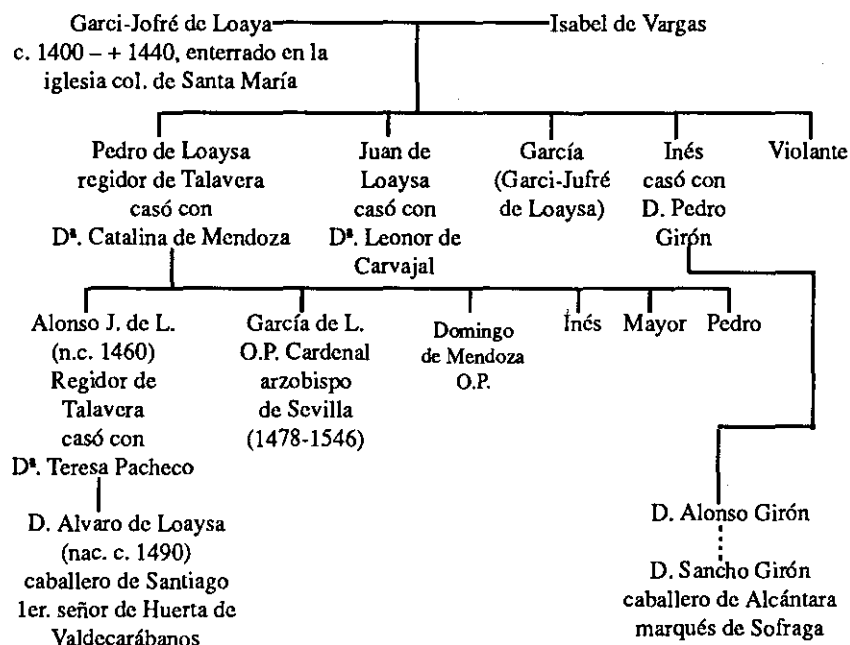
AQUI YAZE EL ONRADO GARCIA IUFRE DE LO-
AYSA FIIIO DE FERAN IUFRE DE LOAYSA Q DIOS
AYA EL CUAL FINO A VEINTE E SEIS DIAS DEL
MES DE ENERO ANNO DEL NUESTRO SALUADOR
IHU XPO DE MIL E CCCC E XXXX AÑOS

Vivió, pues, este caballero en los días de Juan II, que reinó en Castilla entre los años 1406-1454. El memorialista nos dice que casó con doña Isabel de Vargas, de cuyo matrimonio tuvo cinco hijos. Según esta misma fuente, don Garcijufre es el abuelo paterno de su homónimo el cardenal arzobispo de Sevilla.

No sabemos el entronque de consanguinidad que unía a este mismo caballero, muerto en 1440, con doña Teresa de Loaysa, que en

1479 dejó en su testamento la heredad de Lientes al monasterio talaverano de Santa Catalina. Cronológicamente, puede tratarse de una hermana suya, suponiendo que doña Teresa vivió hasta avanzada edad. Don Garci Jufre de Loaysa no me parece que al morir contase muchos años, pues lo supongo nacido alrededor del año 1400.

Con los datos familiares que nos da el genealogista podemos prolongar el árbol genealógico de esta manera:



En la misma capilla de San Juan de la iglesia colegiata de Santa María hay otro bello sepulcro de un caballero de este linaje, del cual solo sabemos que se trata, sin duda alguna, de un hijo de Juan de Loaysa y de doña Leonor de Carvajal. Es por tanto un sobrino de Garci-Jofré de Loaysa, enterrado en el otro sepulcro de esta capilla familiar.

La inscripción de este sepulcro ha sido leída incorrectamente muchas veces, hasta que el Conde de Cedillo lo estudió. La razón de esta repetida mala lectura es que en su primer estado este sepulcro

debió estar exento, tal vez colocado en un lugar central de la capilla, y mucho tiempo después se adosó al muro izquierdo del ábside. Este cambio explica que la inscripción en letras góticas minúsculas que recorre el cuerpo arquitectónico que sostiene la estatua yacente esté parcialmente perdida, y lo que queda, además, alterada en su orden, porque los fragmentos de piedra no se colocaron en el traslado en su debido sitio. Por la razón indicada, faltan el encabezamiento y el final de la inscripción. El Conde de Cedillo da primeramente la transcripción como se halla y después lo ordena convenientemente. La lectura que da el Conde de Cedillo (ibidem. n. 406) es la siguiente:

... o del noble caballero... de loaysa fyjo de iua de loaysa y de doña. leonor de carba... al dex^o a esta iglesia la...

Pienso que el encabezamiento bien pudo ser *Aqui yaze* (o *yaze*) el cuerpo, o bien: *Este es el sepulcro*. Aceptando la primera forma podría reconstruirse el inicio de este modo: (*Aquí yaze el cuerpo del noble caballero... de Loaysa, fijo de Juan de Loaysa y de doña Leonor de Carba(x)al. Dexo a esta iglesia la ...* El final contendría el nombre de una heredad donada a la iglesia colegial para dotar alguna capellanía con la obligación de celebrar algunas misas por su alma. Esta heredad no puede ser la de Espinosillo, cerca de la torre de Salinas, como pretende el historiador local Fernández Sánchez, pues, según este mismo autor, fue donada por la viuda de un Francisco Jofré de Loaysa por escritura de 5 de junio de 1450 a la iglesia colegial. Pero si la fecha es exacta, esta identificación es imposible, porque el estilo de la sepultura no es de ese tiempo, sino de finales del siglo XV.

A juzgar por la figura yacente, se trata, como dice el conde de Cedillo, "de un joven guerrero que viste cota, arnés y manto y sujeta entre las manos una espada hoy rota. Un bonete o pequeño gorro cubre su cabeza, poblada de melena. A los pies hay un paje en triste actitud reclinado sobre el yelmo". Aunque no hay en la mutilada inscripción fecha alguna de su muerte, este joven caballero bien pu-

do morir en la guerra de Granada, a juzgar por el estilo del sarcófago. Sin duda es un coetáneo del célebre Doncel de Sigüenza, aunque el escultor del sepulcro talaverano me parece algo anterior y con una disposición más tradicional. En todo caso, la imagen yacente de este joven Loaysa pudiera servir muy bien para ilustrar el libro de la *Celestina*, pues fue sin duda, como el Calisto de la obra de Fernando de Rojas, "de noble linaje, de claro ingenio, de gentil disposición, de linda crianza..." (Lo de "claro ingenio" no lo sabemos; démoslo piadosamente por cierto.) Lo que sigue en el prólogo de la novela: "de estado mediano" no sería tampoco muy coincidente con la figura del Loaysa, pues este joven guerrero talaverano debía de ser muy rico. Es muy posible que su madre le sobreviviera, y dedicara alguna finca que le hubiere correspondido por herencia al piadoso fin de sus sufragios.

El hijo mayor de Garci-Jufré (+ 1440) fue Pedro, regidor de Talavera (lo era por el año 1470) y durante algún tiempo corregidor de Salamanca y del Consejo Real de los Reyes Católicos. El tercer hijo fue don García, de quien no constan más datos. Hijo suyo pudo ser un Garci-Jufré de Loaysa que era vecino de Talavera en 1515. Además, el Garci-Jufré fallecido en 1440 tuvo dos hijas, doña Violante y doña Inés. Esta casó con don Pedro Girón, de linaje nobilísimo; hijo suyo fue don Alonso Girón, primo hermano del cardenal arzobispo de Sevilla y, a lo que parece, abuelo de don García de Loaysa Girón, arzobispo de Toledo. De este don Alonso descenden los marqueses de Sofraga.

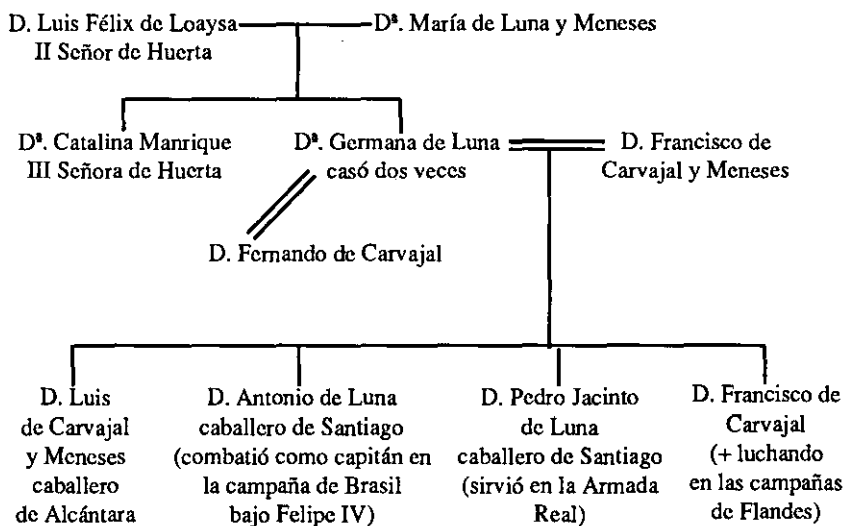
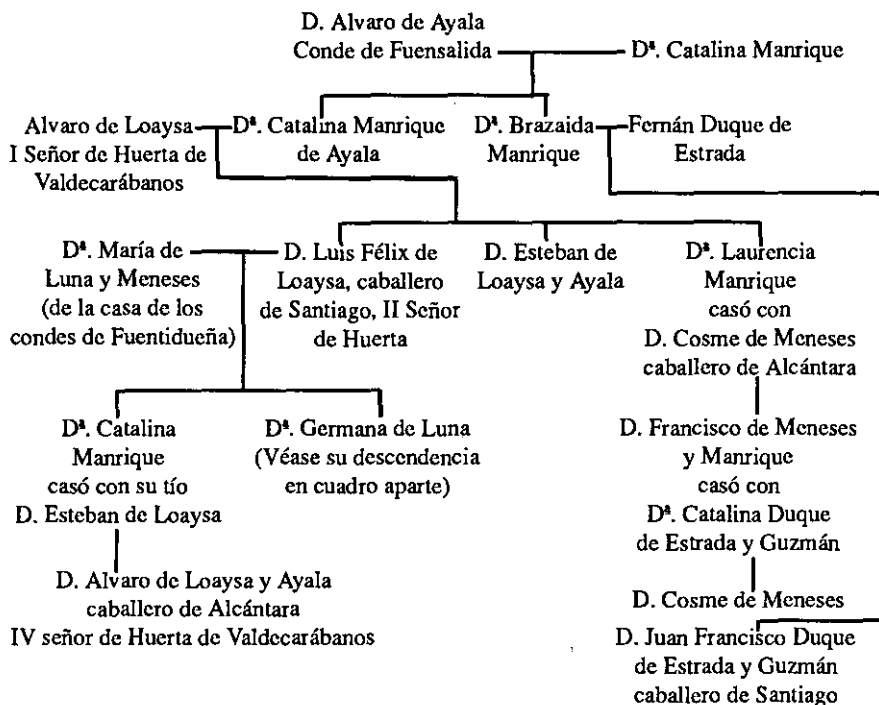
El regidor de Talavera don Pedro de Loaysa casó con doña Catalina de Mendoza, y fueron padres del tantas veces citado cardenal fray García y de otros cinco vástagos. El mayor fue don Alonso, que heredó de su padre el cargo de regidor del concejo talaverano. Casó con doña Teresa Pacheco, y procrearon a don Alvaro, caballero de Santiago, trinchante del rey don Felipe II y primer señor de Huerta de Valdecarábanos. Fue patrono del convento dominicano de San Ginés, de Talavera, donde está sepultado su tío el cardenal.

De este primer señor de Huerta escribe el memorialista: "Fue asimismo – y lo son sus sucesores– señor y patrón de la casa y ermita de nuestra Señora del Socorro, imagen milagrosa, de mucha devoción en toda aquella tierra. Está en término de la dicha villa de Huerta, adonde asisten religiosos de Santo Domingo, capellanes de esta santa imagen. Es frecuentado aquél sitio y casa de toda aquella gente de las comarcas de Yepes y Ocaña, por la devoción grande que se tiene a la Reina del Cielo en su imagen, socorro y refugio de pecadores. La casa (aneja a la ermita) es buena y espaciosa, y no de pequeña recreación su sitio por la abundancia de álamos, por su huerta y fuentes, que la hacen apacible".

Los primeros señores de Huerta de Valdecarábanos

El mencionado don Alvaro de Loaysa casó con doña Catalina Manrique de Ayala, hija de los condes de Fuensalida; tanto el conde como su esposa llevaban la sangre de familias nobilísimas. El conde era nieto de un duque de Béjar; la condesa, hija de don Luis Fernández Manrique, marqués de Aguilar de Compóo, y de doña Ana Pimentel, hija del conde de Benavente, Grande de España.

De los datos que aporta el memorialista mencionado, que vive en tiempos de Felipe IV y conoció personalmente a los hijos y nietos del primer señor de Huerta, se puede formar el siguiente esquema genealógico, que nos releva de mencionarlos aquí de manera particular:



GENEALOGIA Y ESTIRPE DEL NOBLE LINAJE DE LOS LOAY - SAS Y EN PARTICULAR DE LOS SEÑORES DE GUERTA Y VAL- DECARABANOS, QUE TIENEN SUS CASAS EN TALAVERA

Los Loaysas, ilustres caballeros. En España traen su origen y principio (según he podido colegir de historias y papeles antiguos) de la sangre real de Inglaterra, en el principado de Gales. Las armas de este principado y de sus príncipes fueron una rosa encarnada en campo blanco; y cinco de la misma color en el mismo campo son las de los Loaysas, en esta forma:

Vinieron estos caballeros al reino de Francia; ocupólos el Rey en muchos y señalados cargos de paz y de guerra, conaturalizándose en aquel reino, a cuya causa los sucesores de los primeros se llamaron Jofré, que es nombre francés. [espacio en blanco para el dibujo del blasón].

En tiempo de Carlos IX, rey que fue de Francia, se conjuraron contra él muchos de su reino y cometieron la ejecución de sus intentos a dos caballeros, los cuales entrando en la cámara real con sus espadas desnudas pretendieron quitarle la vida. Hallose en esta ocasión al lado del rey un doncel cuyo nombre era Jofré de Gales, que poniendo mano a la suya, se opuso a los traidores, y peleando como esforzado y valeroso caballero, recibiendo muchas y mortales heridas, defendió su Rey, a pesar de los alevosos pechos. Así lo dice Pedro ...ique y Pedro Antón Beuter en muchas partes de su Historia de los Condes de Barcelona. Quedó justamente agradecido el Rey al servicio y lealtad que a costa de su sangre y vida había hecho Jofré de Gales. Agradecido, hizo grandes mercedes a su padre y hermanos (que el doncel murió en la demanda), y entre otras le dio un privilegio, que solo los de este linaje y no otros pudiesen entrar en la real cámara con armas. Colgese de papeles antiguos que he visto, y de la común tradición que hay en este caso.

Ansimismo quiso el rey que, dejado el nombre de Gales, derivado

del principado donde eran naturales, se llamasen Loaysas, apellido de alabanza, nombre francés derivado de la palabra latina "laus", que en castellano suena lo mismo que "estirpe loable" en valor y en lealtad. Acrecentó asimismo sus armas, orlando las rosas de sus medias flores de lis, y por timbre, un brazo con una espada desnuda, significando en ella el oportuno socorro y la vida de que se reconocía deudor.

El primero que vino a España de este linaje fue Jofré de Gales y Loaisa, sobrino de Jofré de Gales (aquel doncel que murió en defensa del Rey de Francia), hijo de un hermano suyo. Pobló en Murcia, después de haberse hallado en su conquista, cuya memoria se halla haciéndose relación de él en el Libro de la población de Murcia, en la hoja primera; y en la veinte y cuatro se halla a Garci Jofré, y folio cincuenta y ocho del mismo libro se hace mención de don Jofré de Berenguer y Jofré de Loaysa.

Este caballero Jofré de Gales y Loaysa casó con doña Jacometa, natural de Hungría, si bien descendía de los reyes de Francia: así lo refiere la Historia de Murcia, folio 341; de donde se colige la gran calidad de la autoridad grande y los altos merecimientos de Jofré de Gales, que a no ser tantos y tales, no se casara tan altamente.

Sirvió al Rey don Alfonso el Sabio, como consta de toda su historia, acompañándole en todas ocasiones en paz y guerra. Vinieron en servicio del Rey a la ciudad de Burgos, y a poco tiempo le dio una enfermedad a Jofré de Gales, de que murió. Asimismo murió su mujer en la misma ciudad. Están sepultados en una capilla suya en el Real Convento de las Huelgas, donde se ve su sepulcro, y en una piedra esculpidas estas letras:

AQUI YACE EL NOBLE CABALLERO DON JOFRE DE LOAYSA Y LA NOBLE DUEÑA SU MUJER JACOMETA.

Tiene este sepulcro dos escudos de armas, uno con las cinco rosas

de los Loaysas, y otro con una flor de lis en medio y sus medias lises, tres arriba, dos a los lados, y una abajo, que son las reales de Francia, de donde Jacometa descendía.

De Jofré de Gales y Loaysa y Jacometa fue hijo Garcijofré de Loaysa, adelantado mayor del reino de Murcia y Copero mayor del Rey don Alfonso el Sabio, y su testamentario. Así lo dice el licenciado Francisco de Cascales, en la Historia que escribió de los linajes de Murcia, folio 342, en la casa y linaje de los Loaysas, y el doctor Salazar de Mendoza en su Historia donde trata De las dignidades seculares de Castilla y León, en la vida del Rey don Alonso el Sabio, en el libro III, capítulo I, folio 78, donde dice que entre otros ricoshombres que confirman el privilegio que tiene Sevilla de sus libertades, es uno de ellos Garcijofré de Loaysa; fue copero del rey don Alonso el Sabio.

Que fuese su testamentario se colige con evidencia en la Crónica de este Rey, donde está otorgado su testamento en Sevilla, a ocho de noviembre era de mill y trescientos y veinte y uno, ante Juan Andrés, escribano del Rey.

Con probabilidad se colige que Garcijofré de Loaysa casó con doña Urraca, hija del dicho don Alonso el Sabio, habida en doña María Guillén de Guzmán. Así lo da a entender el doctor Salazar de Mendoza en el origen de las dignidades seculares, libro tercero, capítulo primero, folio setenta y tres. No lo dice con expresas palabras pero dice que esta señora casó en Murcia con un gran caballero, y en aquella ocasión no había otro más noble en Murcia que Garci Jofré, con quien pudiese casar. También se colige de las muchas mercedes que le hizo el dicho rey don Alonso el Sabio, como tenemos visto.

Garci Jofré de Loaysa y doña Urraca tuvieron por hijo a Garci Jofré de Loaysa, señor que fue de la villa de Pretel, en el reino de Valencia, raya de Castilla, junto al marquesado de Villena. Por este señorío se llamaron algunos de esta casa Pretel.

Garcijofré de Loaysa, hijo de Garcijofré y doña Urraca, casó con doña María Fernández la Cruzada, llamada así por ser de una de las órdenes militares. Así lo dice el licenciado Francisco Cascales en la Historia de los linajes de Murcia, folio trescientos y cuarenta y dos. Fue Copero mayor del rey don Sancho el Bravo, confirmador de sus privilegios como lo fue su padre (como lo dice Cascales, l.c.).

Garcijofré de Loaysa y doña María Fernández la Cruzada tuvieron por hijo y sucesor en su casa a Joan García de Loaysa, segundo señor de Pretel, a quien el doctor Salazar de Mendoza llama Juan Núñez de Loaysa. Fue gran caballero en la disciplina militar. Así lo dice Zurita en los Anales de Aragón, tomo segundo, capítulo veinte y dos, libro nono, folio doscientos y noventa y tres.

Juan García o Juan Núñez de Loaysa tuvo por hijo a Garcijofré de Loaysa, tercer señor de Pretel, que casó con una señora del linaje de los Ayalas, condes de Carrión, a quien el rey de Aragón, don Pedro IV, llamado el Ceremonioso, en tiempo de las guerras que traía con el rey don Pedro el Justiciero de Castilla, quitó la villa de Pretel, por lo que el rey de Castilla le hizo otras muchas mercedes en recompensa de aquello perdido, dándoles en particular la villa de Buendía. Siguió este caballero en las guerras que hubo entre el rey don Pedro y don Enrique su hermano, el partido de don Enrique, y desde la fortaleza y villa de Buendía, asaz guarnecida de soldados, como valiente y esforzado capitán corría los campos que estaban por el rey don Pedro haciéndoles notables daños; de lo cual ofendido (don Pedro) envió un valiente escuadrón de gente que, cercando la fortaleza y no siendo socorrida, se le rindió; mandola derribar y dar muerte cruel a Garci-Jofré de Loaysa y a su mujer, señores de ella.

Quedó la prosperidad de los Loaysas por el suelo, si bien su valor y nobleza permaneció y subió de quilates en la cumbre de la fama, desde adonde se revivió su lustre y fue en aumento con nuevas glorias y bienes de fortuna.

(Su asiento en tierras toledanas)

De este caballero muerto por la crueldad del Rey don Pedro quedaron un hijo y dos hijas. La mayor se llamó doña Catalina de Loaysa; casó con don García Álvarez de Toledo, primer señor de Oropesa, maestre de Santiago (1358-1366): así lo dice el doctor Jerónimo de Gudiel en el Compendio de los Girones, árbol veinte y tres, y Alonso López de Haro en su Nobiliario Genealogical de los Reyes y títulos de España, segunda parte, libro sexto, capítulo treinta y dos, folio cuarenta y uno.

De estos señores don García Álvarez de Toledo y doña Catalina de Loaysa fue hijo primogénito el segundo señor de Oropesa, don Fernando Álvarez de Toledo, que sirvió al rey don Juan el I y casó con doña Elvira de Ayala, hija del señor de Cebolla Diego López de Ayala y doña Teresa de Guzmán; de quién descienden por línea recta los condes de Oropesa, cuyo octavo nieto fue don Fernando Álvarez de Toledo, sexto conde de Oropesa, que casó con doña Mencía Pimentel, hija del conde de Benavente, que posee hoy el estado por muerte de su marido y por la pequeñez de su hijo. Las armas de estos caballeros son estas (espacio en blanco).

Doña María de Loaysa, segunda hija del señor de Pretel muerto por la crueldad del Rey don Pedro, casó con don Luis de la Cerda, señor de Escalona, de la casa de los duques de Medinaceli; y por morir sin sucesión, heredaron este señorío y casa los duques de Medinaceli: así lo dice Haro en su Nobiliario, primera parte, libro primero, capítulo once, folio ochenta y seis. Otros dicen que volvió al patronazgo real. Las armas de los de Medinaceli son las siguientes (espacio en blanco).

Alvar Núñez de Loaysa fue hijo mayor de Garcijofré de Loaysa. Tuvo Alvar Núñez tres hijos. El mayor y sucesor de su casa fue Diego de Loaysa; de los demás caballeros descendientes de este señor de Pretel y de los hijos de Alvar Núñez, que son muchos y muy ilustres en nuestra España, no trataré por ahora: solo es mi

propósito seguir la línea del dicho Diego de Loaysa, como el principal y mayor y cabeza de todos.

Diego de Loaysa fue el primero que pobló en Talavera de la Reina y el séptimo abuelo de don Alvaro de Loaysa y Ayala, caballero de la orden de Alcántara, señor de Huerta, cabeza y pariente mayor de este real y antiguo apellido de Loaysa.

Fue Diego de Loaysa gran caballero en servicio del rey don Enrique el III, como lo dice la Historia del Rey don Juan el segundo en la vida del mismo don Enrique, y el que llevó la mayoría por línea recta, sucesor a sucesor, y descenden de él, como se verá, todos los Loaysas de esta casa descendientes del señor de Pretel, sin que haya habido interpolación ni se haya conocido transversal ninguno en esta ilustrísima casa, que hoy posee don Alvaro de Loaysa, pues, como hemos visto y dice Zurita en el tomo segundo de sus Anales, libro nono, capítulo 22, folio 293: "Del último señor de Pretel, que fue muerto por mandado del Rey don Pedro El Justiciero de Castilla, heredó esta casa y mayorazgo Alvar Núñez, y este Alvar Núñez tuvo por hijo mayor a Diego de Loaysa, el cual hizo su asiento en Talavera". Luego sin duda que los de Talavera son la cabeza y son la cepa del árbol tan copioso y de tan altos frutos Loaysas.

Volviendo a mi propósito, digo que Diego de Loaysa, primer fundador en Talavera, tuvo por hijo a Fernán Jofré de Loaysa, el cual, como su padre, hizo su asiento en la dicha villa. Fue gran Caballero en la disciplina militar, guardando el ilustrísimo nombre y loable stirpe de sus mayores con todo lucimiento y ostentación de su persona. Alcanzó los tiempos de Don Juan el II.

Fernán Jofré de Loaysa fue padre de Garcijofré de Loaysa, como consta de un sepulcro que está en la iglesia mayor de la dicha villa de Talavera, en la capilla de San Juan Evangelista, al lado de la epístola, que viene a ser el lado derecho de la capilla mayor, en un arco que sustenta dos columnas de piedra negra, donde se ven

dos escudos de Loaysas; sepulcro labrado con primor, cenizas que indican la nobleza de sus dueños; urna negra, si bien sustentada de leones de mármol blanco, esculpidos en ella en debida proporción escudos de rosas con un letrado por orla, la que dice así:

AQUI YACE EL HONRRADO GARCÍ JOFRE DE LOAYSA HIJO DE FERNAN JOFRE DE LOAYSA QUE DIOS AYA EL QUAL FINO A VEINTE Y SEIS DIAS DEL MES DE HENERO AÑO DE NUESTRO SALBADOR JESU CHRISTO DE MILL Y QUATROCIENTOS Y QUARENTA.

Don Garcijofré de Loaysa casó en Talavera con doña Ysabel de Vargas, señora de mucha calidad, como lo dice Haro en su Nobiliario de España, primera parte, libro quinto, capítulo séptimo. Fueron sus hijos Pedro de Loaysa el mayor, regidor que fue en la dicha villa de Talavera año de 1470. Asimismo fue corregidor de Salamanca, y del Consejo Real de los Reyes Católicos. El segundo fue Juan de Loaysa, y los demás: García de Loaysa, doña Inés, doña Violante.

Las armas de los Vargas son éstas:

Doña Inés de Loaysa, hija de Garcijofré y de doña Isabel de Vargas, casó con don Pedro Girón, el cual es descendiente de don Alvar Ruiz Girón, hermano de don Gonzalo Ruiz Girón, progenitor de los duques de Osuna y otros grandes señores, de quien vienen los Girones de Talavera, cuyos sepulcros se ven en la iglesia mayor de esta dicha villa. Toda esta línea se verá en Haro.

Don Pedro Girón y doña Inés de Loaysa tuvieron por hijo a Alonso Girón, primo hermano de don fray García de Loaysa, cardenal y arzobispo de Sevilla. Posee hoy la casa y mayorazgo de estos caballeros el marqués de Sofraga, don Sancho Girón, caballero de la orden de Alcántara, cuyas armas son éstas: [espacio en blanco].

Pedro de Loaysa, hijo mayor de Garci Jofré de Loaysa y de la dicha doña Isabel de Vargas, casó con doña Catalina de Mendoza, noblísima (sic) señora de la casa y linaje de los Mendozas. Fuero n sus hijos: Alonso Jofré de Loaysa y don fray García de Loaysa, cardenal arzobispo de Sevilla, cuya vida será adelante, fray Domingo de Mendoza, que también diremos algo de la suya; fueron religiosos de la sagrada Orden de Predicadores. Además de estos hijos, tuvieron a doña Mayor y a doña Inés y a Pedro de Loaysa, que murió mozo. Las armas de los Mendozas son las siguientes: [espacio en blanco].

Alonso Jofré de Loaysa, hijo mayor de Pedro de Loaysa y de doña Catalina de Mendoza, fue regidor de Talavera, muy estimado caballero, de gran reputación. Casó con doña Teresa Pacheco, nobilísima señora. Tuvieron por hijo a Alvaro de Loaysa, señor de la villa de Huerta de Valdecarábanos, caballero del hábito de Santiago, trinchante del Rey don Felipe el II, protector y patrón del convento de San Ginés, de la Orden de Predicadores en la dicha villa de Talavera. Y las limosnas y dotaciones que se reparten en aquel convento, obra de las más insignes y piadosas de nuestra España.

Fue asimismo – y lo son sus sucesores– señor y patrón de la casa y ermita de nuestra señora del Socorro, imagen milagrosa, de mucha devoción en toda aquella tierra; está en término de la dicha villa de Huerta, adonde asisten religiosos de Santo Domingo, capellanes de esta santa imagen. Es frecuentado aquel sitio y casa de toda aquella gente de las comarcas de Yepes y Ocaña, por la devoción grande que se tiene a la Reina del Cielo en su imagen, socorro y refugio de los pecadores. La casa es buena y espaciosa, y no de pequeña recreación su sitio por la abundancia de álamos, por su huerta y fuentes, que la hacen apacible.

Las armas de los Pachecos son éstas [espacio en blanco].

Alvaro de Loaysa, hijo de Alonso de Loaysa y doña Catalina

Alvaro de Loaysa, hijo de Alonso de Loaysa y doña Catalina Pacheco, casó con doña Catalina Manrique de Ayala, ilustrísima señora, hija de don Alvaro de Ayala y de doña Catalina Manrique, condes de Fuensalida. La dicha doña Catalina Manrique, condesa de Fuensalida, fue dama de la Reina Católica doña Isabel, e hija de don Luis Fernández Manrique, marqués de Aguilar de Campo(o) y de la marquesa doña Ana Pimentel, la cual fue hija del Conde de Benavente. El dicho don Alvaro, conde de Fuensalida, fue hijo de don Fadrique Manrique de Zúñiga, y nieto del duque de Béjar; de modo que la dicha doña Catalina Manrique, mujer del dicho Alvaro de Loaysa, era nieta de tres grandes: del duque de Béjar, marqués de Aguilar y conde de Benavente, e hija del Conde de Fuensalida, cuya casa, aunque hoy no goza de las preeminencias de Grande, es no menos ilustre que todas, cuyas calidades tocan derechamente a don Alvaro de Loaysa y Ayala, como veremos. Las armas de los Manriques y Ayalas son éstas: (espacio en blanco)

Tuvo esta señora doña Catalina Manrique otra hermana, que fue doña Brazaida Manrique, la cual casó en Talavera con Fernán Duque de Estrada, de la nobilísima casa de los Estradas, conocido por tal en todo el mundo. Traía su origen y principio en los antiguos peñascos de las Montañas. Posee hoy el mayorazgo y casa de los señores Estradas Juan Francisco Duque de Estrada y Guzmán, caballero del hábito de Santiago.

Alvaro de Loaysa y doña Catalina Manrique de Ayala tuvieron por hijos a don Luis Félix de Loaysa y a don Esteban de Loaysa y Ayala y a doña Laurencia Manrique, la cual casó con don Cosme de Meneses, señor de su casa y mayorazgo, caballero del hábito de Alcántara, hermano de Hernandálvarez de Meneses, nobilísimos caballeros e ilustrísima estirpe. Posee hoy el mayorazgo y casa de Hernandálvarez de Meneses don Fernando de Meneses, caballero de muchas partes, de la Orden de Santiago, cabeza y pariente mayor de este nobilísimo linaje en la dicha villa de Talavera.

La casa y mayorazgo del dicho don Cosme de Meneses, con quien casó la dicha doña Laurencia Manrique, posee hoy don Cosme de Meneses, hijo único de don Francisco de Meneses Manrique y doña Catalina Duque (de Estrada) y Guzmán. Las armas de los Meneses son las siguientes: [espacio en blanco].

Tuvo el dicho Alvaro de Loaysa, según he entendido, un hijo natural que ha más de cuarenta años que sirve a Su Majestad en las ocasiones de guerra que suceden en el estado de Milán. Ha ocupado puestos muy honrosos, siendo capitán, y otros muchos dando siempre muy buena cuenta de su persona. Llámase Alvaro de Loaysa y es hijo de muy buena y honrada madre, que callo su nombre por no importar el decillo en esta ocasión.

Don Luis Félix de Loaysa, hijo mayor de Alvaro de Loaysa y de doña Catalina Manrique de Ayala, fue del hábito de Santiago. Sirvió al Rey don Felipe el II en la guerra y rebelión de Granada a su costa, con muchas camaradas y criados (y) en la jornada de Portugal. Fue el caballero más estimado y de mayor aplauso y ostentación que se ha conocido en Talavera, amigo de hacer bien y de honrar a todos, favoreciéndolos con su autoridad y hacienda, por lo cual se llevaba tras sí los ánimos de todos, y esto en todas ocasiones y en cualquiera parte, que en todas se hacía lugar, y entre los muy grandes señores don Luis Félix de Loaysa corría parejas iguales, y se adelantaba a muchos llevándose el aplauso común: Talavera lo confiesa así.

Casose este nobilísimo caballero con doña María de Luna y Meneses, hija de Fernando Alvarez de Meneses y de doña Germana de Luna, hermana de don Antonio de Luna, conde de Fuentidueña, y señores todos de la calidad que el mundo sabe. Las armas de los Lunas son éstas, y asimismo las de los Meneses: (en blanco)

Don Luis Félix de Loaysa y doña María de Luna tuvieron dos hijas, doña Catalina Manrique y doña Germana de Luna.

Doña Germana de Luna, que hoy vive (vivan mill años), señora por su nobleza, por su agrado, por su valor y gobierno digna de eterna memoria, señora de mayor nombre que ha conocido Talavera, adquirido de sus muchas prendas y del favor que a todos hace, imagen propia de su padre; casó esta nobilísima señora primero con don Fernando de Carvajal, segunda vez con don Francisco de Carvajal y Meneses, iguales en la nobleza, en el lustre y generosidad de ánimo. De la de uno de estos caballeros se pudiera hacer una larga historia; a efecto de la brevedad y el intento de seguir la línea de nuestros Loaysas, (no diré nada).

Don Francisco de Carvajal y Meneses tuvo en doña Germana de Luna cuatro hijos animosos, briosos, correspondientes a la sangre y nobleza de sus padres. El primero, don Luis de Carvajal y Meneses, del hábito de Alcántara, que posee hoy la casa y mayorazgo de don Francisco de Carvajal y Meneses, su padre.

El segundo fue don Antonio de Luna, del hábito de Santiago; murió como esforzado y valiente Capitán en la jornada que hizo al Brasil el año de () peleando contra infieles. Sirvió a las Majestades de Felipe III y Felipe IV muchos años en el estado de Milán.

El tercero hijo es don Pedro Jacinto de Luna, asimismo del hábito de Santiago, caballero de muchas partes; sirvió a Su Majestad en el reino de Portugal y en la Armada Real.

El último fue don Francisco de Carvajal; murió asimismo sirviendo a Felipe IV en los estados de Flandes, y actos heroicos dignos de tales caballeros y dignos de esculpirse en láminas de bronce, no los borrará el tiempo, que si en ellas no quedan, pero en los corazones de todos, para que si aún siempre beba la memoria de esta ilustre casa la nobleza de sus padres el conservarla de sus hijos. Las armas de estos caballeros son éstas [espacio en blanco].

Doña Catalina Manrique, hija mayor de don Luis Félix de

Loaysa y de doña María de Luna, sucesora (por no haber tenido estos caballeros hijo varón) en su casa y mayorazgo, señora de muy altos merecimientos, por los muchos y muy altos de sus padres, por los suyos propios: que fue dotada de todo aquello que pudo componer la naturaleza de perfección en una criatura y aun no sé si excedió así en este sujeto, cosa no ignorada de todos los que la conocieron; el ánimo fue grande, adornado de muchas y muy heroicas virtudes; representaba un común agrado, con un lucimiento honesto, y hacía estimar aún de los extraños por la compostura y gravedad de su persona, acompañada de una rara hermosura. Casó esta nobilísima señora con don Esteban de Loaysa y Ayala, su tío, hermano de su padre don Luis Félix de Loaysa (y) porque no pasase el mayorazgo y casa de tales y tan excelentes señores a otra línea y apellido, por guardar el de su antigua casa.

Conservaron estos caballeros aquel lustre que tuvieron siempre, en la cumbre de la estimación que les dejaron sus padres, sin perder un punto el pundonor y nobleza de su sangre.

Don Esteban de Loaysa y Ayala, persona muy amable en esta villa por la voluntad y llaneza que en sí encerraba, y jamás supo hacer mal a nadie (sic) mas sí mucho bien a todos: vive hoy día su memoria y vivirá eternamente por la devoción grande con que celebraba las fiestas de los Desposorios de nuestra Señora; y hoy día le aclama y da voces todo el vulgo en su nombre particular, cuando corre su hijo don Alvaro de Loaysa y Ayala, que conserva la memoria de su padre.

Es don Alvaro de Loaysa y Ayala, hijo de don Esteban y de doña Catalina Manrique, del hábito de Alcántara, y el asenso de la nobleza de estas premisas. Posee hoy la casa y mayorazgo y demás títulos y honras y autoridades que esta casa tiene; junta en uno la nobleza de los Loaysas con la de los condes de Fuensalida, duques de Béjar, marqués de Aguilar, conde de Benavente, conde de Fuentidueña; pues es primo segundo del conde de Fuensalida y

primo en tercer grado del marqués de Aguilar, y en cuarto grado con el duque de Béjar y conde de Benavente; y en segundo grado es primo del de Fuentidueña; de otros muchos títulos y grandes es asimismo pariente dentro del cuarto grado.

Sirvió el dicho don Alvaro a su majestad de Felipe IV (que Dios guarde) en el socorro de Cádiz con muchos camaradas y criados a su costa, saliendo para este efecto de Talavera con ánimo real, con deseo de dar su hacienda y vida por Dios y por su Rey. El tiempo que estuvo en Jerez de la Frontera y en Cádiz se portó como tal caballero, con el duque de Medina (Sidonia) don Fernando Girón, ofreciendo su persona y las de sus camaradas para todas ocasiones; estuvo en aquellas plazas hasta que con licencia se volvió a su casa: digno empleo de su persona, por quien es por su agrado, por su valor, conserva y lustre de sus padres, con todo lucimiento y ninguno con más, que en cualquiera acción de autoridad y nobleza corresponde al ánimo generoso de sus antepasados.

Tuvo asimismo el dicho don Esteban de Loaysa y Ayala, estando viudo de doña Catalina Manrique, otros dos hijos en doña María Suárez y Carvajal, señora de su casa y mayorazgo muy noble, emparentada con lo más noble de la dicha villa de Talavera. Dejólos legítimos casándose con ella. El mayor es fray Juan de Ayala, monje en el monasterio real de San Bartolomé de Lupiana; estudió Artes y Teología en el colegio real de San Lorenzo. El segundo fue don Lorenzo de Loaysa: murió en la flor de su edad de veinte y cuatro años.

Don Alvaro de Loaysa y Ayala sucedió en la casa de sus padres. Es señor de la villa de Huerta y Valdecarábanos y de todo lo que queda referido. Casó primero con doña María Manuel Sarmiento, señora de muchas prendas, amabilísima de todos los que la conocieron por su afable condición, por su gobierno, por su virtud, por su santidad. Murió como tal, que por su claro entendimiento, algunos años antes (aunque siempre había vivido rectísimamente), alcanzó un claro desengaño de la brevedad de esta vida y vanidades de ella y así fueron rigurosas las penitencias con que se dispuso para la eterna, indicación manifiesta de su predestinación.